

También es la época de la irrupción en la escena social de otros grupos étnicos marginados como los afrodescendientes y los gauchos, que pugnan en el primer caso, por su liberación como personas y en el segundo, por el sostenimiento de sus valores y formas de vida tradicionales, aprovechando cierto espacio abierto después de su histórico sometimiento.

Lo que me propongo hacer en las páginas que siguen es señalar algunas de las derivaciones que el movimiento de Mayo tuvo en las comunidades indígenas y algunos de los sucesos que en las orillas de aquella etapa tan especial se sucedieron y que incluso nos sugieren la posibilidad de un camino diferente al que más tarde en realidad sucedió².

Un acontecimiento en las vísperas: "pampas" y tehuelches contra "los colorados"

Cuatro años antes de 1810, el imperio inglés intenta hacer pie en esta parte del mundo. Cerca de mil quinientos soldados desembarcaron en Quilmes al mando del general Beresford y emprendieron la marcha hacia Buenos Aires con el objetivo de tomarla. No sabían que estaban siendo vigilados por escrutadores ojos que ellos jamás hubieran imaginado.

Grupos de tehuelches y "pampas"³ debidamente escondidos vigilaron los movimientos de los recién desembarcados y los siguieron a distancia, hasta que pudieron confirmar sus intenciones. Las casacas de los invasores brillaban al sol. Fue así que los indígenas los llamaron "los Colorados".

Los ingleses tomaron en dos días a Buenos Aires, pero no lograron consolidar la posición y solo sesenta días después la población local, liderada por Santiago de Liniers logró desalojar a los atacantes. El Cabildo, convertido en el nuevo centro del poder desde la huida del virrey Sobremonte, sesionaba continuamente. Y fue esta institución la que mantuvo durante todo el período de la ocupación inglesa una singular relación con los

² El presente artículo está basado principalmente en parte de la información contenida en el capítulo IV de mi libro "Nuestros paisanos los indios" así como en mis recientes investigaciones sobre el fenómeno de la frontera durante el siglo XIX y que he ido volcando en distintos artículos y conferencias.

³ Desde un principio los colonizadores españoles llamaron "pampas" a las tierras llanas y sin árboles que se extendían al oeste del Río de la Plata. Es muy probable que la designación tuviera origen en tiempos prehispánicos ya que es una voz quechua que significa *llanura*. Rápidamente se identificó al paisaje con sus pobladores y el mismo término se utilizó para designar tanto a uno como a otros, lo cual ha generado inevitablemente cierta confusión. El término corresponde a una categoría geográfica, que por extensión se aplicó a sus pobladores. Como categoría cultural, el término "pampas" se aplicó genéricamente a los indios que habitaban la región y de allí que bajo el mismo nombre de "pampa" se hayan incluido distintos grupos étnicos que a su vez pueden reconocerse por sus diferentes designaciones, básicamente, los *mapuche* en todas sus vertientes -huilliches, vorogas, pehuenches y "salineros"-; los ranqueles o *rankülche* de la zona de Leuvucó y Poitahué; los tehuelches o *guniin ä kena*, habitantes originarios de la zona; los "pampas" eran una categoría cultural que en realidad englobaba a estos distintos grupos étnicos de la zona y a los mestizos especialmente de mapuche y tehuelche. De esta manera, se ha acentuado aún más lo equívoco del término que no refiere a una realidad cultural homogénea, sino todo lo contrario.

indios de la actual provincia de Buenos Aires, que ofrecieron su apoyo a la gente de la ciudad. El Acta del 17 de agosto, informa que mientras el Cabildo estaba reunido

"...se apersonó en la Sala el indio pampa Felipe con don Manuel Martín de la Calleja y expuso aquél por intérprete, que venía a nombre de dieciséis caciques de los pampas y chechelches a hacer presente que estaban prontos a franquear gente, caballos y cuantos auxilios dependiesen de su arbitrio, para que este I.C echase mano de ellos contra los colorados, cuyo nombre dio a los ingleses..."⁴

Los cabildantes agradecieron el gesto y comunicaron a los caciques que en caso de necesidad solicitarían su ayuda. Las "embajadas" indígenas regresaron a los pocos días informando a los cabildantes que habían celebrado la paz con los ranqueles uniéndose contra los ingleses. El Cabildo agradeció nuevamente los ofrecimientos y dos veces más, ese mismo año, recibió a los caciques y emisarios indígenas, a quienes se trata de "fieles hermanos", y a los que se les pide vigilen las costas para que el enemigo inglés no vuelva a desembarcar.

Esto último no es posible, porque se produjo un segundo intento, involucrando en la acción a casi diez mil hombres, que hacen tierra nuevamente en Quilmes, esta vez al mando del general John Whitelocke. A diferencia de la primera invasión, la ciudad de Buenos Aires se encontraba ahora organizada y preparada, por lo que luego de dos días de violentos enfrentamientos, las tropas inglesas fueron ampliamente derrotadas y poco después se retiraron definitivamente del Río de la Plata.

Las comunidades indígenas intentaron participar en la batalla contra los ingleses, aunque los temores, la "distancia" cultural, la desconfianza y el desprecio por los hijos de la tierra pudieron más. Es probable que incluso la idea misma de tener a centenares de indígenas debidamente armados y montados dando vueltas por Buenos Aires, hizo optar a los cabildantes por la no aceptación de los ofrecimientos indígenas: "¿que hubiera sido de la ciudad, del gobierno, del pueblo, con veinte mil indios armados y cien mil caballos?" (Cordero 1971). Es seguro que no hubieran sido ni diez mil indios ni cien mil caballos⁵, pero lo cierto es que la posibilidad de contar con el apoyo de los originarios existió. No tantos años después, esta situación hubiera sido impensable, enfrascado el país naciente en una guerra abierta contra las comunidades de las Llanuras e incapaz de pensar en vías de integración con ellas.

⁴ Héctor Adolfo Cordero. "En torno a los indios en las invasiones inglesas" y AGN, Serie IV, tomo II. Buenos Aires, 1926, pág. 277 (Cit. en Azcuy Ameghino 1991:7)

⁵ La referencia debe aludir al encuentro de los cabildantes con los representantes indígenas del 22 de diciembre de 1806, durante el cual estos últimos hicieron la siguiente arenga: "os ofrecemos nuevamente reunidos todos los caciques que véis, hasta el número de veinte mil de nuestros súbditos, todos gentes de guerra y cada cual con cinco caballos; queremos que sean los primeros en embestir a esos colorados que parece aún os quieren incomodar" (AGN, Serie IV, tomo II. Buenos Aires, 1926, pág. 303 (Cit. en Azcuy Ameghino 1991:7)

Este momento deja entonces un mensaje: por un instante, los indígenas, los criollos y los negros estuvieron juntos, frente a un agresor común. Tal vez no era la situación ideal, pero la posibilidad se dio, una ráfaga de la historia los encontraba del mismo lado, integrando la nueva sociedad que se estaba conformando.

La fiebre indigenista

En los primeros años de vida con posterioridad a la Revolución de 1810, se suceden un conjunto de decretos, leyes, oficios y disposiciones varias dirigidos a tratar de reparar la situación integral de las comunidades indígenas. Se procuraba así borrar la imagen dejada por la conquista hispánica y atraer al mismo tiempo a esas culturas a la causa revolucionaria. Los antecedentes de la participación indígena durante las invasiones inglesas; el "servicio militar" que cumplían algunos indios de la ciudad en los cuerpos de "pardos y mulatos"⁶ y la proximidad efectiva y pacífica de muchos grupos aborígenes en la periferia de la ciudad alientan la idea de un interés común entre ambas partes, más aún teniendo en cuenta la nueva situación creada de una virtual independencia del poder español .

En la petición del 25 de Mayo que llevaba más de cien firmas y por la cual se constituyó el Primer Gobierno Patrio figuran dos caciques. Poco después, el 8 de junio la Junta convoca a los oficiales indígenas que estaban desde hacía tiempo incorporados a los cuerpos de pardos y mulatos. Una vez reunidos ante el secretario Mariano Moreno escuchan la Orden del Día, que dispone su igualdad jurídica, incorporándolos a los regimientos de criollos, sin diferencia alguna y con igual opción a los ascensos. Esta disposición se hizo extensiva después al resto de las provincias.

Mariano Moreno fue un personaje clave en estos primeros momentos del proceso revolucionario. Había obtenido su doctorado en Chuquisaca, con una tesis sobre el servicio personal de los indios. El trabajo se llamó "Disertación jurídica sobre el servicio personal de los indios en general y sobre el particular de Yananconas y Mitayos", y en ella hacía una vigorosa denuncia de los maltratos de que eran objeto los indígenas. Seguía de alguna manera los pasos del fiscal de la Audiencia de Charcas, Victorián de Villava, un encendido defensor de los derechos de los pueblos indígenas.

Durante su estancia en Chuquisaca, Moreno no sólo se había visto influenciado por el auge de las ideologías emancipadoras y la situación generalizada de sometimiento de las comunidades aborígenes, sino por la rebelión de Tupac Amaru, un

⁶ Durante el desarrollo de las invasiones inglesas se habían organizado "cuerpos voluntarios" que contaron con dos agrupaciones principales: Indios, Morenos y Pardos y cuerpo de Indios, Morenos y Pardos de Infantería.

movimiento insurreccional de proporciones que poco antes había marcado a fuego la historia de la resistencia indígena en América⁷.

Ya durante los sucesos de Mayo, su "Plan de Operaciones" del 30 de agosto de 1810, documento redactado a pedido de la Junta Gubernativa, no contiene disposiciones expresas hacia los indígenas, pero estos parecen estar incluidos en las reflexiones acerca de la igualdad de las personas.

Otro personaje trascendente de esta etapa es Manuel Belgrano quién lleva adelante la tarea de legislar para las comunidades guaraníes que pertenecían al régimen jesuita, estableciendo que sus habitantes eran libres e iguales "a los que hemos tenido la gloria de nacer en el suelo de América", al mismo tiempo que los habilitaba para todos los empleos civiles, políticos, militares y eclesiásticos.

En 1811 una nueva orden de la Primera Junta dispone que cada intendencia designe representantes indígenas y la Gaceta de Buenos Aires del 24 de enero comenta esta disposición, consignando que según nuestra jurisprudencia, "el indio es ciudadano y se halla bajo la protección de las leyes"⁸.

Conmemorando el primer aniversario de la Revolución, Juan José Castelli, quién participa al igual que Moreno y Belgrano de un pensamiento político de avanzada, tributa un homenaje a los incas en el centro sagrado de Tiawanaco, Bolivia, proclamando la unión fraternal con los indios y ordenando que:

"...siendo los indios iguales a todas las demás clases en presencia de la ley, deberán los gobernadores intendentes con sus colegas y con conocimiento de sus ayuntamientos y los subdelegados en sus respectivos distritos del mismo modo que los caciques, alcaldes y demás empleados dedicarse con preferencia a informar de las medidas inmediatas o provisionales que puedan adoptarse para reformar los abusos introducidos en perjuicio de los indios, aunque sean con el título de culto divino, promoviendo su beneficio en todos los ramos y con particularidad sobre repartimiento de tierras, establecimiento de escuelas en sus pueblos y excepción de cargas o imposiciones indebidas; pudiendo informarme todo ciudadano que tenga conocimientos relativos a esta materia a fin de que impuesto del pormenor de todos los abusos por las relaciones que me hicieren pueda proceder a su reforma"⁹

En los primeros días de octubre de 1811, Feliciano Chiclana, presidente del Triunvirato recibe al cacique general tehuelche Quintelau el que venía con numerosos

⁷ Tupac Amaru, de linaje inca, encabezó desde el Cuzco una insurrección indígena en 1780, la que fue violentamente reprimida. El movimiento buscaba la autonomía indígena y el fin del sometimiento de los pueblos originarios. Tuvo importantes réplicas en Potosí, La Paz y aún el norte argentino.

⁸ Gaceta de Buenos Aires, 24 de enero, vol.I, pág.15 (Cit.en: Rosemblat, Angel 1954: 42)

⁹ Biblioteca de Mayo. Sumarios y Expedientes. Tomo XIII, pág 11517 (Cit. en: Azcuay Ameghino 1991:13)

acompañantes. El cacique había acompañado a la expedición del coronel Pedro García a las Salinas Grandes. En la oportunidad Chiclana pronunció un discurso en el que puso de manifiesto la unidad con los indígenas, elogiándolos y considerándolos "amigos, comptariotas y hermanos", aludiendo a la necesidad de constituir con ellos una sola familia, ya que "somos vástagos de un mismo tronco".

Una medida fundamental en esta "andanada" de declaraciones y disposiciones de los gobiernos surgidos de la Revolución de Mayo, fue la la supresión del tributo, "signo de la Conquista" y símbolo del sometimiento indígena. Con fecha 1 de septiembre de 1811 la Junta sanciona el famoso decreto, en el que se define a los indígenas "estos nuestros hermanos, que son ciertamente los hijos primogénitos de América"

El decreto de extinción del tributo es sancionado por la Asamblea General del año 1813 que además procede a la abolición de la mita, la encomienda, el yanaconazgo y todo servicio personal, declarando que los indígenas son hombres libres e iguales a todos los demás ciudadanos. Se ordena además que el documento se publique y se traduzca "al efecto fielmente en los idiomas guaraní, quechua y aymará para la común inteligencia".

Esta medida, alimentada de la ideología de la Revolución Francesa, como todas las disposiciones de la época sancionadas en esa dirección, constituye con otras de la Asamblea, el fundamento jurídico de la igualdad ante la ley y la abolición de toda forma de esclavitud o discriminación. Serán también la base de las futuras disposiciones de la Constitución Nacional.

La tendencia era más que interesante, más allá de que toda esta "fiebre indigenista" constituía la más de las veces una "declaración de principios" antes que la efectivización en los hechos de una auténtica política de integración plena con los aborígenes. Esto no debe sin embargo dejar de hacernos ver que muchos de los ideólogos de la Revolución señalaron un camino, una posibilidad cierta que por aquellos tiempos también se tuvo como alternativa histórica hacia el futuro.

"Es necesario señalar -para no pecar de ingenuidad- que la alusión indigenista del pensamiento de mayo fue más formal que real, más un recurso intelectual que una práctica concreta. Es decir que en lo esencial la actitud de fondo de la mayoría de los dirigentes patriotas -y de la aristocracia tendero-pastoril- no se diferenció de la observada durante la colonia. Sin embargo, un puñado de revolucionarios manifestó -a favor de la crisis y de la guerra independentista- una vocación de auténtica integración del indio a la nueva sociedad que se gestaba en los campos de batalla" (Azcuy Ameghino 1991:9)

Y había otro elemento que no deberíamos soslayar. Estas políticas de integración hacia las culturas indígenas -por otra parte un fenómeno repetido en casi todo el continente y que con el correr del tiempo derivó en lo que hoy se conoce como "indigenismo", esto es la política de los "blancos" (a través de los Estados nacionales) hacia los indígenas- estaba

dirigida fundamentalmente hacia aquellas comunidades ya incorporadas y/o sometidas, o hacia las que como las del Alto Perú, todavía prestaban servicios a los españoles. Los rebeldes tehuelches, mapuches, guaikurús o charrúas no encajaban del todo en los planes del proceso revolucionario, más allá de que sus principales jefes como Moreno, Chiclana, Monteagudo, Belgrano o Castelli, estaban decididos sinceramente a la unidad con la población indígena.

Las fronteras con Chaco, Pampa y Patagonia seguían inestables y peligrosas, y hacia su interior, los "territorios libres indígenas" comenzaban a intensificar un proceso inter e intraétnico de vastos alcances, y del que más adelante nos ocuparemos. Algunas experiencias de la época sin embargo, intentaban un acercamiento que significaba la comprensión del "otro" que era distinto, pero con el cual tal vez era posible comunicarse y entenderse.

Salinas Grandes y la expedición del coronel García

Los virreyes habían tomado conocimiento de la existencia del rico yacimiento de Salinas Grandes hacia 1770, y organizaron desde entonces expediciones anuales. Estaba ubicado al este de la actual provincia de La Pampa en los límites con la de Buenos Aires, y les permitía a los habitantes de Buenos Aires, abastecerse de sal. El lugar, enclavado en un sitio estratégico, estaba lleno de sal...y también de indios, especialmente tehuelches y mapuches, que desde mucho tiempo antes, rondaban en sus inmediaciones, recolectando también el preciado producto y estableciendo sus asentamientos que comenzaban a hacerse cada vez más numerosos.

Habitualmente, los virreyes debían solicitar de los caciques el permiso para ingresar a su territorio, ofreciéndoles regalos como parte de pago.

El gobierno revolucionario de 1810 no desconoció la importancia de las Salinas y con el fin de incentivar su explotación, encomendó al coronel Pedro García la preparación de una expedición de reconocimiento. También se perseguía como objetivo el buscar aliados entre los indígenas que permitieran al nuevo gobierno tranquilizar la frontera y fomentar su poblamiento.

García no imaginaba por entonces que con esa misión iniciaría un camino personal sembrado por numerosos entendimientos con las comunidades indígenas, que lo llevaría a convertirse para muchos caciques en uno de los pocos interlocutores válidos entre los "cristianos". Era español de nacimiento, pero se había formado en América luchando contra los ingleses en las invasiones de 1806 y 1807 para luego continuar actuando en las filas de la Revolución.

El coronel aventurero viajó hacia Salinas con ochenta soldados, unos trescientos comerciantes y peones, doscientas treinta y cuatro carretas, tres mil bueyes y quinientos caballos. Sorteando infinidad de obstáculos -deserciones, accidentes, tormentas, enfermedades, muertes, y básicamente la presencia constante de los distintos grupos indígenas que "acompañaban" la marcha de la columna- los expedicionarios completaron

en dos meses la misión, regresando a la Guardia de Luján -su punto de partida- abarrotados de "fanegas" de sal.

Se realizaron importantes relevamientos topográficos y culturales; se reconoció un territorio prácticamente virgen para el nuevo gobierno, se establecieron acuerdos con algunos caciques y se estudiaron las posibilidades para un plan colonizador de largo alcance. La marcha de García abrió el camino a las posteriores medidas del gobierno vinculadas con la exportación de carnes saladas, y también introdujo en el territorio indio una profunda cuña de penetración, sustentada en ese entonces por algunos de sus protagonistas en el diálogo, pero utilizada por otros para la guerra a las comunidades de la llanura. Pero desde los asentamientos de Salinas Grandes, convertida en una verdadera base de operaciones, los "principales de la tierra" mantendrían su dominios por muchos años más, especialmente a partir de la llegada del *toqui* Calfucurá¹⁰ en 1832 cuando establecería por casi cincuenta años una jefatura legendaria sobre las comunidades indígenas de la pampas.

Poco tiempo antes, otro patriota de aquel tiempo, sentaba también su posición respecto a los pueblos originarios, poniendo en práctica lo que algunos de sus colegas de Mayo habían propugnado.

"Nuestros paisanos los indios"

En 1814, el Director Supremo del Río de la Plata, Gervasio Posadas, designa gobernador intendente de Cuyo al general San Martín, con el objetivo de liberar a Chile y Perú del dominio español. El paso de los Andes se convierte así en un inmenso desafío, porque necesariamente por allí habrá que trasladar a un gran ejército. El flamante gobernador logra que la región se repliegue sobre sí misma, aislándose del panorama político del resto del país, inmersa en una empresa titánica de concentración absoluta de las energías dirigidas a la preparación de la fuerza expedicionaria.

Alrededor de la industria de guerra en nacimiento se enriquecieron las tareas tradicionales y se crearon otras. La agricultura regional de monocultivo centrada en la vid y los frutales se intensificó y diversificó, realizándose diversas obras de riego artificial que aumentaron notablemente la producción. La minería, decadente antes de 1814, cobró nuevas fuerzas. La necesidad de abastecer de vestimenta a los soldados llevó a la creación de una fábrica de paños para los uniformes.

La movilización humana fue igualmente importante, contándose con el aporte de todas las clases sociales sin excepción y aun de extranjeros, como emigrados chilenos e ingleses que habitaban en Cuyo. Las comunidades indígenas de la región no quedaron

¹⁰ *Toqui*: jefe de la guerra. *Calfucurá* (Piedra Azul) era un destacado *lonko* (jefe, cacique) mapuche-huilliche que ocupó la región pampeana tomando el control sobre sus comunidades hermanas y manteniendo relaciones -más allá de diferencias que efectivamente los distanciaban- con los ranqueles asentados en Leuvucó y Poitahué así como con la tribu de Pincén en la zona de Trenque Lauquen. Entre todos, lideraron los territorios indígenas libres de Pampa y Patagonia hasta la conquista militar encabezada por Roca en 1889.

ajenas a estos preparativos. En Santiago incluso corrió la voz de que los propios araucanos se habían aliado al general argentino:

La intención de San Martín era lograr una buena vinculación con los caciques vecinos y conseguir a través de ellos confundir al enemigo en Chile, haciéndole creer que atravesaría los Andes por los pasos del sur cuando en realidad lo haría mucho más al norte. Pero quería aún una alianza más sólida, lo que sólo lograría si podía concretar una reunión con los "principales", como el viejo Necuñan, un pehuenche famoso por su prestigio y don de la oratoria:

"Reservado: Exmo Señor: he creído del mayor interés tener un parlamento general con los indios pehuenches, con doble objeto: primero, el que si se verifica la expedición a Chile, me permitan el paso por sus tierras; y segundo, el que auxiliien al ejército con ganados, caballadas y demás que esté a sus alcances, a los precios o cambios que se estipularán: al efecto se hallan reunidos en el Fuerte San Carlos el Gobernador *Necuñan* y demás caciques, por lo que me veo en la necesidad de ponerme hoy en marcha para aquel destino, quedando en el entretanto mandando el ejército el Señor Brigadier don Bernardo O'Higgins. Dios guarde a VE muchos años. Cuartel General en Mendoza y setiembre 10 de 1816. Exmo Señor José de San Martín" ¹¹

Durante más de una semana, San Martín llevó a cabo un "parlamento" con los pehuenches del sur de Mendoza, indígenas que por otra parte estaban siendo muy influenciados culturalmente por los tehuelches y los mapuches. En aquellos días de septiembre de 1816, San Martín convivió con las comunidades indias buscando su participación activa en el proyecto del cruce de los Andes y ocupándose muy bien de identificarse con ellos, como les confirmó pocos meses después cuando una delegación indígena le devolvió la visita en el campamento del Plumerillo.

Las informaciones de la época dan cuenta de que reunidos el general y los caciques en círculo, sentados en el suelo, aquel les dijo por intermedio del lenguaraz Guajardo:

"los he convocado para hacerles saber que los españoles van a pasar del Chile con su Ejército para matar a todos los indios y robarles sus mujeres e hijos. En vista de ello y como **yo también soy indio** voy a acabar con los godos que les han robado a Uds. las tierras de sus antepasados, y para ello pasaré los Andes con mi ejército" (...) "Debo pasar los Andes por el sud, **pero necesito para ello licencia de Uds. que son los dueños del país**"(...) Los plenipotenciarios araucanos (...) prorrumpieron en

¹¹ Carta de San Martín al Gobierno de Buenos Aires (Cit en Espejo 1953: 301/2).En: Martínez Sarasola 1992:165.

alaridos y aclamaciones al "indio" San Martín, a quien abrazaban prometiéndole morir por él"¹²

La actitud de San Martín es más que interesante. La manera de dirigirse a los indígenas es altamente positiva, pues intenta un acercamiento cultural por encima de las diferencias existentes. Los reconoce en más de una oportunidad -inclusive en sus comunicaciones oficiales- como los dueños de las tierras ("los dueños del país")

La experiencia realizada en Cuyo marca el clímax de un rol de San Martín que si se hubiera profundizado, tal vez habría deparado para la causa de las comunidades indígenas un camino con mayores posibilidades de integración plena. En esta línea de acción que concebía a los indígenas como compatriotas y con la intención de que participaran activamente en la nueva sociedad en formación, el nombre de San Martín se suma a los de aquellos hombres de la Revolución de Mayo -Castelli, Moreno, Belgrano, entre otros-, al de Dorrego, al del coronel García, o al del mismo Rosas de la mayor parte de su actuación política, por mencionar sólo algunos¹³.

La legendaria Orden General de 1819 en que se hace mención de "nuestros paisanos los indios" no hacen sino ratificar estas líneas de acción que consideraba a los pueblos originarios como hermanos. Algún tiempo antes, en Tucumán, San Martín también había impulsado los principales contenidos de las proclamas de la Independencia dirigidas a las comunidades indígenas del Noroeste y con lo cual culminaba al menos en los términos formales, el proceso iniciado en mayo de 1810.

La Independencia y las proclamas en lenguas originarias

En julio de 1816 el Congreso de las "Provincias Unidas en Sud-América" declaró finalmente, la Independencia de España. Manuel Belgrano, continuando con la defensa de los indígenas iniciada en 1810, propuso una forma de gobierno en la que se tuviera en cuenta a los herederos de los incas y a instancias de algunos diputados, las actas del 9 de julio fueron traducidas a las lenguas quichua, aimará y guaraní .

El Congreso decidió la impresión de tres mil ejemplares del Acta de la Independencia, mil quinientas en castellano, mil en quichua y quinientas en aimará. Las impresiones se realizaron en Buenos Aires en dos columnas, castellano y lengua aborigen correspondiente

La frontera y el "mayo indígena", espacios de transición

¹² Ricardo Rojas (1940:162) Cit en: Martínez Sarasola 1992: 169. El resaltado es nuestro.

¹³ El rol de Rosas es más que controvertido y excede este análisis los marcos del presente trabajo. Baste decir que mantuvo importantes vínculos con las comunidades indígenas, especialmente con algunas de ellas (las de Calfucurá) en desmedro de otras (por ejemplo los ranqueles). Sin embargo, y más allá de acciones nefastas como la campaña militar de 1833, parecería que Rosas imaginaba un país *con* los indígenas.

Existieron otros acontecimientos en las proximidades de Mayo, como la gesta ejemplar de Artigas en el actual Uruguay o la epopeya de su ahijado y lugarteniente, el mestizo guaraní Andres Guacurarí o el comandante Andresito, quien entre 1815 y 1819 gobernó las actuales provincias de Corrientes y Misiones en lo que creemos es el único caso de nuestra historia en que un indígena se hizo cargo del poder.

Pero hubo una situación a la que ya hemos hecho referencia anteriormente y que por aquel entonces comenzaba a tener una incidencia fundamental: me refiero a "la frontera". Ella existió entre nosotros desde la llegada de los conquistadores españoles y se consolidó con la Colonia y el Estado naciente durante los siglos XVII, XVIII y XIX. Esta frontera constituyó desde siempre una metáfora del drama argentino, porque fue un símbolo de nuestra automutilación como sociedad.

La frontera era una línea imaginaria que separaba a Buenos Aires y sus alrededores -la "campana"- del territorio de los indios, al que se llamaba "Tierra Adentro" o "El País del Diablo". El río Salado actuó en los primeros tiempos como accidente geográfico natural de la división y poco después los fortines fueron delineando una separación cada vez más evidente. El climax de esta separación fue el proyecto de la "zanja de Alsina" un gigantesco foso ideado por el ministro de guerra Adolfo Alsina en 1875, que a lo largo de casi mil kilómetros atravesaría toda la Provincia de Buenos Aires desde Bahía Blanca y hasta el sur de Córdoba, como forma de detener a los malones indígenas que avanzaban hacia los centros poblados.

Esta ideología de la negación y la exclusión se grabó a fuego en nuestra conciencia social. Por eso a los argentinos nos enseñaron desde siempre que esa frontera y lo que había del otro lado, señalaba todo lo que había que eliminar o en el mejor de los casos, segregar.

Sin embargo, "la frontera", por encima de las violencias innegables de la época mostraba su otra cara: la de un espacio intermedio de transición, de gran movilidad y fluidez, un mundo distinto en donde convivían distintos grupos étnicos como los indígenas, los blancos, los gauchos, los negros; y diferentes personajes en donde las clases sociales se diluían: pulperos, comerciantes, viajeros, cautivos, milicos renegados, desertores, cantantes de ópera extranjeros, aventureros, estancieros amigos. Esa otra cara de la frontera, demostraba que era posible construir otra sociedad.

Las últimas investigaciones sobre este tema, dan cuenta del mito de la frontera, considerada habitualmente como línea de separación infranqueable, poniendo en evidencia en cambio una realidad muy distinta en donde el intercambio cultural era algo constante y de todos los días:

“Entiendo la frontera como una zona de interacción, o *contested ground*”, usando el término articulado por Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan. Incluso en aquellos territorios donde conflictos bélicos constantes parecían dominar las relaciones fronterizas (...) nunca dejaron de producirse contactos de intercambio cultural, a

través de los cuales se filtraban comportamientos sociales, en un proceso sostenido de transculturación” (Operé 2001:16)

Ya en pleno territorio indígena, las tolderías eran verdaderos ensayos de integración en donde una gran mezcla humana y cultural se llevaba a cabo. Vivían allí todas aquellas gentes provenientes de los más diversos lugares y muchos de los grandes líderes indígenas fueron mestizos; incluso existió el caso a la inversa, el de hombres blancos que se transformaron en jefes de comunidades indígenas, como el caso del coronel Baigorria, asilado durante casi veinte años en las tolderías de los ranqueles.

En medio de este aparente caos cultural, la actitud de los indígenas mostraba que era posible estar con otros, acercarse y encontrarse -superando los riesgos ciertos, que por supuesto los había- de perder su identidad y dejar de ser ellos mismos.

Otro hecho destacado es que por aquel entonces los indígenas de las llanuras proseguían con este modelo que podríamos definir como de “integración”, que no sólo comenzaba a sostenerse en base al comercio de ganado vacuno apropiado de las poblaciones fronterizas como habitualmente el prejuicio lo ha instalado, sino en función de una incipiente agricultura, unas artes notables cuyos productos se intercambiaban en los centros urbanos en formación y el mantenimiento de actividades de caza y recolección, en el marco de una compleja organización social en donde las cosmovisiones originarias se desarrollaban en plenitud.

Este sistema de vida tan peculiar, los indios lo extendieron hasta los límites mismos del territorio blanco, hacia lo que estos entendían como barrera divisoria de los dos mundos, otorgándole su impronta a esa suerte de “tierras de nadie” que se extendían a uno y otro lado de ambos bandos en pugna.

Así, esa frontera estaba lejos de ser todavía lo que en realidad después se convirtió: un emblema de lo que era menester aniquilar, porque era un mundo antagónico al modelo que propugnaría Buenos Aires años después, asentado en la exclusión, en el imperio de un solo color de piel y en la homogeneización del pensamiento.

Este espacio de la frontera es el que confluye con el "Mayo indígena": los dos son ámbitos de transición, intermedios, abiertos a distintas posibilidades; con varios caminos posibles por delante. Es el espacio que precisamente recorrieron muchos de los hombres de Mayo y que aquí hemos mencionado; el que caminó San Martín; el que intentó Artigas; el que un desconocido emisario García buscó, por orden de la Primera Junta llegando hasta Salinas Grandes en el corazón de las pampas; el que desandaron tantos otros en aquellos albores de la Argentina naciente cuando se imaginaron junto a las comunidades indígenas, conviviendo todos, respetados, en paz.

Y son los espacios que también recorrieron los propios pueblos originarios, que sin renunciar a sus identidades ancestrales y sus tradiciones, casi siempre apostaron también a participar de la nueva sociedad en gestación, inclusive tomando ellos mismos la iniciativa cuando les fue posible.

Para el proyecto agroexportador de país que por ese entonces se insinuaba y que encontraría su consolidación años más tarde, a través de un Estado-Nación unificado y con un territorio vacío de indios, las verdaderas razones del exterminio y del aniquilamiento del mundo indígena de fines del siglo XIX hay que también buscarlas en el profundo rechazo que provocaba ese otro modelo social y cultural que de alguna manera buscaba convivir, coexistir con la sociedad “blanca” en construcción.

En el corazón de las pampas se jugó finalmente no sólo el destino de los pueblos originarios que allí habitaban, sino el de la Argentina posterior y en consecuencia el de la Argentina que no fue: esa Argentina “con los indios” que por aquel entonces muchos otros como ya hemos visto, también pensaron y soñaron.

Pero esto quedó en un sueño y lo que pasó después es muy conocido: las campañas de exterminio; la toma de los territorios indígenas por el Estado Nacional; la desintegración de las comunidades y los grupos familiares; el etnocidio y el inicio de lo que muchos de ellos definieron como los “cien años de silencio”, un largo periodo de ostracismo, retraimiento y resistencia cultural en el que los sobrevivientes buscaron reencontrarse a si mismos. Pero esta es otra historia.

Buenos Aires, abril 2006

(*) **Carlos Martínez Sarasola** es antropólogo (UBA) Ex docente e investigador de las Universidades Nacionales de Buenos Aires, Salta, Rio Cuarto y la del Salvador. Profesor invitado de Posgrado en las Universidades Nacionales de Buenos Aires, Rio Cuarto y Tres de Febrero. Especializado en la cuestión indígena y la etnohistoria de Argentina. Autor de los libros “Nuestros paisanos los indios” y “Los Hijos de la Tierra” y coautor de “Mapuches del Neuquén”, “Diseños indígenas en el arte textil de Santiago del Estero” y “El lenguaje de los dioses”. Coautor de la serie de videos “Indígenas de la Argentina”. Es asesor de la Colección “Leyendas, cuentos, mitos, y otros relatos indígenas”. En la actualidad investiga sobre la cosmovisión indígena americana. Es miembro del Consejo Interamericano sobre Espiritualidad Indígena (CISEI, Morelia, México) y Director Ejecutivo de la Fundación desdeAmérica (Buenos Aires)

BIBLIOGRAFIA

Azcuy Ameghino, Eduardo

1991 **Artigas y los indios.** Ediciones Andresito, Montevideo

Bernard, Tomás Diego (h)

1963 **El aborigen rioplatense en la historia y ante la ley.** Editorial Bibliografica Omeba, Buenos Aires

Cabral, Salvador

1980 **Andresito Artigas.** Castañeda, Buenos Aires

Cordero, Héctor Adolfo

1971 **En torno a los indios en las invasiones inglesas.** En: Suplemento Cultural de "La Prensa", Buenos Aires

Espejo, Gerónimo

1953 **El paso de los Andes.** Kraft, Buenos Aires

García, Pedro

1969 **Viaje a Salinas Grandes.** Sudestada, Buenos Aires

Levene, Ricardo

1948 **Las revoluciones indígenas y las versiones a idiomas de los naturales de los documentos de la Independencia.** Buenos Aires

Martínez Sarasola, Carlos.

1992 **Nuestros paisanos los indios.** Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina. Emecé Editores, Buenos Aires

1998 **Los hijos de la Tierra.** Historia de los indígenas argentinos. Emecé Editores, Buenos Aires.

2006 **La destrucción del mundo indígena de las pampas o la Argentina que no fue.**

Segundas Jornadas "La Historia de Nosotros: Políticas genocidas del Estado argentino. Campaña del desierto y Guerra de la Triple Alianza. Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. (en prensa) Conferencia del 8/7/2005

Moreno, Mariano

1965 **Plan Revolucionario de Operaciones.** Plus Ultra, Buenos Aires

Nacuzzi, Lidia R. (comp)

2002 **Funcionarios, diplomáticos, guerreros.** Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (Siglos XVIII y XIX). Sociedad Argentina de Antropología, Buenos Aires

Operé, Fernando

2001 **Historias de la frontera: el cautiverio en la América Hispánica.** FCE , Buenos Aires

Rojas, Ricardo

1940 **El Santo de la Espada.** Losada, Buenos Aires

Rosemblat, Angel

1954 **La población y el mestizaje en América.** Nova, Buenos Aires, 2 tomos

Vignati, M

1953 Datos de etnografía pehuenche del Libertador José de San Martín. En: Notas del Museo de la Plata, XVI, 57, La Plata

Zerda, Wellington F.

1934 **Los indios y las invasiones inglesas.** Claridad, Buenos Aires